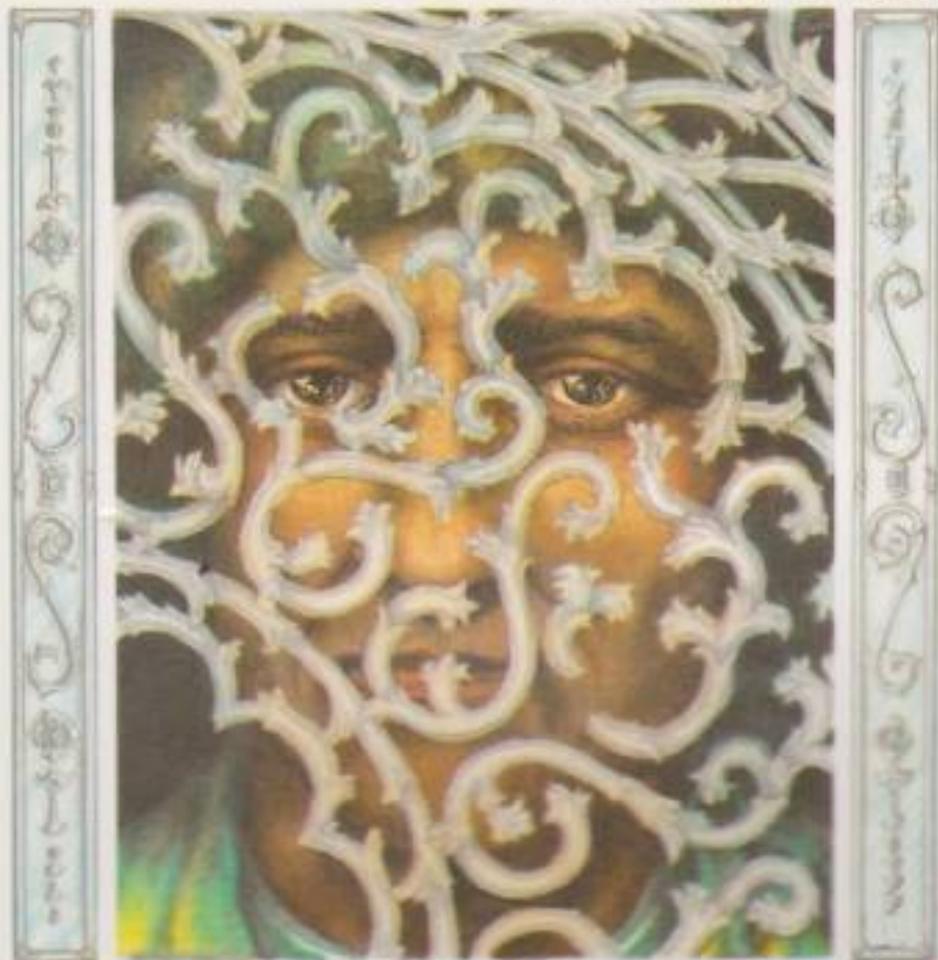


ala delta

Joan Manuel GISBERT

**EL ARQUITECTO
Y EL EMPERADOR
DE ARABIA**



Un emperador buscará al mejor arquitecto de su tiempo para mandarle construir una obra grandiosa. Sin embargo, hay una trampa en el encargo y en la prometida recompensa. ¿Podrán los amigos del artista ayudarle para que no caiga en ella?

A los poetas árabes medievales que cantaron
las ciudades soñadas e imaginarias.

Primera parte

I

Al-Iksir, el Más Alto, Rey de los reyes de Arabia y uno de los cuatro más grandes soberanos de la Tierra en una época lejana, escrutaba el horizonte desde el alminar principal de su alcázar-palacio.

Esperaba con ansiedad la llegada del elegido. Miles de emisarios lo habían buscado por tierras de tres continentes, desplegándose por todo el orbe conocido. Pocas eran las jornadas que podían faltar, si alguna quedaba, para tener ante sí a Iskandar, en palacio. Entonces empezaría un camino de gloria para ambos.

Un tiempo atrás, el Señor de Arabia, aunque aún de media edad, había empezado a sentir con fuerza la nostalgia de la posteridad. Forzado a admitir, tras numerosas tentativas con catorce distintas esposas, que no podría tener hijos, supo que su dinastía iba a extinguirse con él mismo. Su sangre no pasaría la barrera de la muerte. Entonces deseó encontrar otra manera de prolongarse en el futuro sin que fuera obstáculo la sepultura. Y recordó:

—¿Dónde están los reyes que poblaron estas regiones, mis antecesores, los reyes de Arabia, dónde están? ¿Dónde está Adán, fundador de la Humanidad? ¿Dónde está Noé

con toda su progenie? ¿Dónde se encuentran los reyes de la India y de los llanos del Irak? ¿Dónde y cómo están los antiguos Señores de la Tierra? Muertos y olvidados.

Al-Iksir no podía confiar en hazañas guerreras ni en glorias de conquista. Su Imperio abarcaba lo preciso para resultar estable. Por otra parte, los equilibrios de fuerzas entre ejércitos aseguraban la permanencia inalterada de las fronteras por tiempo indefinido.

Así pues, como monarca amante de las artes y exaltador de los placeres sensuales, concibió la idea por la que esperaba alcanzar gloria futura impulsaría la construcción de un Jardín Monumental que fuera encanto de los sentidos y refugio de arte y belleza extraordinario.

Para ello necesitaba tener a su servicio, al frente de la obra, al más capacitado de los arquitectos y artífices de parques ornamentales que viviese en el mundo.

Envió embajadas, observadores y emisarios por todos los senderos. Cada uno de aquellos hombres tenía la misión de nombrarle, tras haber comparado sus obras y las de los demás, al más dotado de los creadores de paraísos en la Tierra que existiese.

Muchos años anduvieron por las naciones sus enviados. Al fin, un mismo nombre resplandeció en boca de todos: Iskandar, el arquitecto apátrida, de persas descendiente lejano. También de mediana edad, como el Emperador de Arabia, había sembrado todo el Oriente de obras admirables. Los que las habían contemplado no podían olvidarlas. Parecía tener un don divino para lograr la más conmovedora hermosura con toda clase de formas y materiales. Era maestro en muy diversas artes y técnicas, entre las que destacaban, además de la arquitectura, la hidráulica, la botánica, la zoología, la orfebrería, la escultura, la acústica y otras diversas ramas de la ingeniería.

La unánime coincidencia de opiniones no dejó lugar a dudas. Iskandar era el hombre que Al-Iksir necesitaba. Ordenó que fuera llevado a su palacio desde allá donde estuviese, con la indicación de que el Emperador de Arabia quería ofrecerle un fabuloso contrato.

Debido a que nadie pudo dar razón exacta de dónde se encontraba el arquitecto en aquellos momentos, empezó una búsqueda prolongada y ardua. El número de emisarios enviados a su encuentro fue diez veces mayor que el de los observadores que habían aconsejado su elección.

Pero no fue hasta pasado un año, cuando Al-Iksir ya desesperaba de que pudieran encontrarlo, que le fue anunciado que Iskandar, procedente de Egipto, estaba ya en Arabia, camino de la capital del Imperio.

Desde aquel momento, todas las horas de Al-Iksir se consagraron a la espera del designado.

Cuando aquel día divisó en lontananza los estandartes del cortejo, lanzó a su halcón al aire, diciéndole:

—Vuela, ave, a lo más alto a que puedas elevarte y deja una estela en el aire con tus alas: en un día como éste han de engalanarse los espacios.

II

A su llegada a las puertas del alcázar-palacio, Iskandar fue invitado por un chambelán a sentarse en un palanquín cubierto de sedas y brocados. Cuatro esclavos lo llevaban: uno era turco, otro indio, el tercero griego y el último abisinio. Lo condujeron en andas por largos pasillos y amplias estancias. Los pajes, soldados y cortesanos se inclinaban a su paso, saludándolo como personaje singular.

Al fin, tras un largo trayecto, fue introducido en el salón del trono bajo el protocolo más solemne.

Los dignatarios, de pie, a ambos lados, vestían sedas verdes, rojas y amarillas y se tocaban con turbantes blancos. Al fondo se elevaba el sitial del Emperador de Arabia. El soberano permanecía sentado, con un cojín de escamas doradas a sus pies. Sus visires lo flanqueaban.

La sala entera refulgía en su enlosado de rojo mármol y en sus columnas de ónice del Yemen, con vetas rojas y negras, dibujando figuras sobre el blanco. Maderas de sándalo y de áloe en astillas ardían lentamente en los braseros, esparciendo suaves fragancias.

Iskandar, en acusado contraste con el esplendor que lo rodeaba, iba vestido con una sencilla túnica de piel de cabra y unas toscas sandalias. Pero no tenía aspecto de estar intimidado. Su porte era sereno y sus movimientos exactos. En todo se lo veía seguro de sí mismo y conocedor del protocolo. Con la mirada baja avanzó hacia el trono y, a cierta distancia, se prosternó ante Al-Iksir, besó el suelo y esperó a que el soberano hablara.

—¿Por qué compares ante mí vestido con tal pobreza? —preguntó el Emperador de Arabia, añadiendo luego —: Puedes levantarte.

—Señor de los Señores —empezó a decir el arquitecto incorporándose—, no poseo más nobleza o rango que los de mi ingenio y arte, ni más fortuna que la que éstos puedan procurarme.

—Comprendo lo que dices —repuso el egregio personaje—, pero ello no diluye mi extrañeza, puesto que, sin duda, las obras que hasta hoy realizaste te valieron generosas recompensas.

—Así fue, mi Señor. Pero todo lo dediqué a los muchos viajes que me permitieron conocer antiguos templos y jardines, y ruinas de ciudades prodigiosas. En todos esos lugares contemplé formas que estimularon mi deseo de crear recintos nuevos. Un hombre de mi oficio necesita conocer cuanto hicieron los grandes arquitectos del pasado. Este conocimiento es la mayor y única riqueza que he acumulado, y la causa de la pobreza material que me acompaña.

—No te acompañará por mucho tiempo si entras a mi servicio y demuestras ser el más grande de los artífices que viven bajo el sol, como todos aseguran.

—¿Cómo podré demostrarlo, altísimo soberano?

—Quiero que construyas para mí y mis súbditos más amados un jardín prodigioso en el que los sentidos vuelen y la fantasía sea exaltada. Quiero que hagas surgir de un cenagal el vergel ornamentado más hermoso que nunca haya existido en la faz del mundo. Quiero que ese recinto sin igual sea asombro y maravilla, en grado máximo, de cuantos tengan el privilegio de visitarlo. Quiero que su hermosura sea tanta que nunca en el tiempo por venir se pueda erigir otro que lo iguale. ¿Te sientes con fuerzas para aceptar el desafío?

Sin un parpadeo, Iskandar repuso:

—Aunque me queda mucho que aprender en el desempeño de mis artes, creo que el magno desafío me elevará

por encima de mis posibilidades actuales y lograré diseñar algo que sea excepcional. Llevaba ya tiempo soñando con una propuesta semejante. Muchas de las ideas que últimamente he madurado podrán tomar cuerpo en la gran obra, a condición de que los medios sean amplios.

—Por ello no debes inquietarte. Dispondrás de todo lo necesario en hombres y materiales. Los mejores artesanos de Arabia, y aun de otras tierras si fuese necesario, estarán a tus órdenes. Y para la adquisición de cuanto haga falta, mis enviados recorrerán la península y los mercados extranjeros. La cámara de mi tesoro estará abierta para el máximo esplendor del Jardín Monumental. No habrá impedimento material que dificulte la excelencia de la obra, puedo asegurártelo, ni la rapidez de su ejecución. Quiero gozar del Jardín por largos años.

—Si depositáis en mí vuestra confianza, tened por seguro que no habré de defraudaros.

Poniéndose en pie y llenando con su voz toda la sala, el Emperador de Arabia dijo entonces:

—Y si así es, como espero, ten por seguro tú también, arquitecto, y empeño en ello todo el honor de mi palabra, que la recompensa que de mí alcanzarás te igualará en riqueza a muchos príncipes y te hará nadar en la abundancia por el resto de tu vida.

—Cuando la obra esté acabada, me someteré a vuestra generosa estimación. Aceptaré de buen grado lo que creáis conveniente otorgarme como pago por mi trabajo. Entretanto me sentiré lo bastante afortunado con crear el más bello recinto que nunca haya visto ojo humano.

—El magno cometido está en tus manos. ¿Te encuentras en situación de empezar la elaboración de tu proyecto?

—Lo estoy, mi Señor. Nada me ata ni me reclama en otra parte. Puedo entrar a vuestro servicio en este mismo instante.

—Todo lo que teníamos que tratar está hablado. Quiero que inicies cuanto antes tu trabajo.

—Ya lo he iniciado. Desde el momento en que oí vuestro deseo, mi mente se puso en marcha. Hasta el final de los trabajos, mi tiempo y mi experiencia serán vuestros.

—Que lo sean para gloria de ambos.

Un gran clamor de trompetas y timbales rubricó la solemnidad del pacto.

III

Iskandar fue instalado con toda pompa en dos grandes estancias comunicadas entre sí que se encontraban en el sector sur de palacio. Desde sus ventanales divisaba el enorme cenagal que había de convertir en recinto prodigioso.

Una de las estancias fue destinada al descanso, y la otra, la más grande, se convirtió en su gabinete de trabajo. Sobre grandes mesas fueron dispuestos, en abundancia, todos los materiales necesarios: papeles de Bagdad y Damasco, pergaminos grandes, escuadras, cartabones, reglas, compases, pantógrafos, grafitos, carboncillos, piezas de bambú afiladas, tintas negras y de color y otros preciosos útiles de trazado, dibujo y escritura.

El arquitecto empezó enseguida a inspeccionar los terrenos elegidos y efectuó en ellos pruebas hidráulicas y observaciones topográficas. Con una primera dotación de hombres experimentados, estudió las arcillas, las venas de agua y los manantiales subterráneos. De hora en hora midió las brisas, la evolución de la humedad ambiente, los ángulos de incidencia de la luz, la proyección de las sombras, las temperaturas. Se informó con detalle de los cambios atmosféricos a lo largo de las estaciones del año e hizo muchas preguntas acerca de vientos y lluvias.

Entregado por completo a su trabajo, hizo previsiones y trazó numerosos planos, esbozos y bocetos, de los que realizó sucesivas versiones, siempre mejoradas, acompañadas de cálculos y listas de las herramientas necesarias.

Cada día, al anochecer, después de la frugal cena que ingería sin salir del gabinete, se hacía preparar una infusión de catorce hierbas de la baja cuenca del Nilo que había traído consigo. Con aquella bebida conseguía que la creación del recinto ajardinado fuese también el tema de sus sueños cuando dormía. Así su mente seguía trabajando, con mayor libertad y audacia que en las horas de vigilia, en el gran proyecto que lo apasionaba y lo absorbía.

Al despertar, plasmaba en sus dibujos y escritos lo más bello y útil de cuanto había soñado. Las primeras horas de la mañana estaban siempre dedicadas a aquella tarea singular.

Iskandar, a toda hora sumido en su trabajo, llevaba una existencia aislada y solitaria. Sólo tenía trato con los obreros y esclavos que lo ayudaban en las prospecciones del cenagal. Por lo demás, se recluía en sus aposentos y nada más que en raras ocasiones disfrutaba de las veladas musicales de palacio, que se celebraban a diario.

El Emperador de Arabia respetaba la concentración de su labor y velaba por que no fuese molestado. Él mismo sólo lo visitaba de tarde en tarde, siempre con brevedad, para infundirle ánimos y renovarle su confianza.

El diálogo entre ambos transcurría cada vez de modo análogo. Al ver entrar al soberano en su gabinete de trabajo, Iskandar se inclinaba, diciendo:

—El proyecto avanza con enorme fluidez, mi Señor; pero no ha llegado aún la hora de mostrároslo. Su belleza será mucho mayor que la que tiene en este instante. Dadme algún tiempo más, os lo suplico.

Al-Iksir dirigía una mirada de soslayo a los planos y dibujos esparcidos por las mesas, pero se abstenía de mirarlos con mayor atención, para respetar la voluntad del arquitecto. Después, invariablemente, respondía:

—Tómate todo el tiempo que te sea necesario, pero ni una hora más. Llega con tu ingenio hasta la cumbre, más

sin perder ni un solo día. No olvides que la impaciencia me consume, aunque sé que será fructífera la espera.

